

males puertorriqueños. **M<sup>a</sup>. Dolores Luque** explica las contradicciones de los proyectos de los profesionales puertorriqueños en el conflictivo período que se abre en 1898 y que incluye el régimen militar norteamericano. El imaginario de los profesionales de la isla puso en juego ideales de autonomía criolla, republicanismo y liberalismo económico, es decir, modernidad. La prolongación del régimen norteamericano, afirma **Luque**, incentivó el descontento de los profesionales, muchos de los cuales militaban en el Partido Republicano. **Fernando Picó**, finalmente, acude a la construcción de las imágenes “del otro” elaboradas a través de una documentación original, las cartas de dos norteamericanos residentes en la isla: Charles Hartzell, Secretario de Estado de la isla desde 1901, y Marion Blythe, casada con un ministro presbiteriano enviado a Puerto Rico. **Picó** afirma que los funcionarios, educadores y misioneros llegados de Estados Unidos a la isla representaron el proyecto de modernidad ansiado por las élites, pero no asumieron el modelo de pasividad proyectado para la población local, sino que propusieron maneras más multifacéticas en su interpretación de la alteridad.

La construcción de la identidad nacional de Filipinas es analizada por **Ghislaine Loyré**, quien parte de la constatación geopolítica y lingüística de que en las 7000 islas que componen el archipiélago se hablan en la actualidad unos ochenta dialectos. En esta fragmentada realidad, los filipinos conservan múltiples identidades culturales locales, ya mencionadas por Rizal (con la hegemonía de los tagalos), que se imponen aún hoy en ocasiones a la cultura pretendidamente “nacional”. La lectura de la obra de los misioneros llegados al archipiélago permite comprobar este énfasis de la diferencia, contra el cual debería luchar el concepto de nación. **Loyré** señala también la presencia de la religión y cultura musulmana en la región, de mayoría católica, y las distintas estrategias utilizadas por los filipinos para ser reconocidos como iguales y diferentes por España y luego por Estados Unidos. Este último, señala el autor, ha contribuido a la uniformidad lingüística y administrativa de la zona.

**Gabriela Dalla Corte.**

**Pantoja Reyes, José R., *La guerra del Nayar. 1850-1880. Una perspectiva regional*, México, 1995, Telar, 160.**

El trabajo, remodelación de una tesis doctoral, reseña la insurgencia de comunidades y pueblos, mestizos o de etnia huichol, cora y tepehuano en

Nayar, una de tantas contra el liberalismo, que pudo enmascararse al buscar los alzados en su exasperación alianzas accesorias con enemigos comunes, conservadores o franceses que apuntalaron a Maximiliano.

Una de las singularidades del libro, elaborado desde la óptica marxista que intenta la construcción de una historia total, es que no se limita a la rebelión sino a las transformaciones y mutaciones materiales. El análisis gira sobre tres ejes, realidad geográfica natural, configuración tradicional del espacio engendrada a partir de la conquista e inicio y consolidación del ámbito excedentario, terreno de conflicto social, vinculado a Europa.

Como en demasiadas regiones indianas, los cambios políticos de principios del siglo 19 no alteraron viejos antagonismos y seguían oponiendo por una parte a explotadores que codiciaban la tierra y a sus habitantes ancestrales percibidos como tributarios o mano de obra más o menos forzada y, por otra, las víctimas aferradas a su cultura como aglutinante de la resistencia. Estas, según Pantoja, se habrían estructurado en tres niveles entreverados. El primero estaría concretado horizontalmente por la subordinación directa a las clases propietarias y habría tres zonas bien diferenciadas: los valles, sus nativos estaban del todo al servicio de los blancos, la sierra, asiento de comunidades resistentes que desdeñaron la colonización y la frontera, espacio intermedio, sede de gentes autónomas que colaboraron con los europeos en su enfrentamiento con los anteriores.

El segundo nivel atañe a los vínculos, étnicos y verticales, que anudaron los aborígenes entre sí para cooperar y organizarse ante el avasallamiento de la agresión occidental. El tercer nivel lo representaría el sentido comunitario, cuya trascendencia aumentó para enfrentar el fraccionamiento y reorganización de la sociedad indígena derivado de la mentada agresión.

Por otra parte, el autor califica la revuelta contra hacendados y rancheros liberales de colonial, pero también de tradicional, por el afán de preservar su cultura, en el sentido más amplio y diría que el correcto, pero niega se la pueda considerar reaccionaria y adopta la salida de llamarla reactiva. Tema intrincado diría que debido a la versión de programas y acontecimientos que pergeñaron los liberales que, pese a tantos escollos, acabaron triunfando y vendiendo un enredo tragicómico sin nada que ver con la realidad. Además, Pantoja enfatiza que la derrota no fue total o, mejor dicho, no lo fue para todos, gente de la sierra y la frontera salvaron algunas posiciones a pesar del chaqueteo de los conservadores que rompieron su alianza para preservar algunas de sus prerrogativas.

De las insurgencias antiliberales coetáneas, la de Nyarit fue la que resistió más tiempo, una década, la embestida, intentó, sin éxito, atraer a rechazantes del resto de la república y en 1873 iniciaron un último, desesperado y fracasado intento militar, tras tantear, como última salida, pactar con el gobierno federal, lo que Pantoja intenta explicar, sugiere que este pragmatismo no se debe a falta de ideología o conciencia, sino que era la estrategia defendiendo su autonomía, lo que les llevó incluso a un compromiso con Porfirio Díaz que acogió a mucho rebelde en sus huestes y prometió acatar sus reivindicaciones. incum-

plir, 1878, lo pactado supuso otra insurrección y esta vez la derrota fue facilitada por el ferrocarril que permitió llevar tropas de México a Guadalajara en dos días en lugar de los 15 de antes, pero de nuevo parte de los vencidos se refugiaron en la sierra, para lo que devinieron nómadas.

**Miquel Izard**

**Rausch, Jane (1999) *Colombia, Territorial Rule and the Llanos Frontier*, University Press of Florida, Gainesville.**

El estudio espacial de las diversas regiones colombianas es el tema central del texto de Jane Rausch, interesada en incorporarse al debate sobre el rol de las normas territoriales y de las áreas de frontera a partir de los primeros supuestos de Frederick Jackson Turner (que popularizó la noción de la frontera como una línea de separación entre la civilización y la barbarie). La autora prefiere pensar la frontera como una zona de transculturación, tanto multiétnica como multirracial. De esa manera, estudia áreas tradicionalmente marginadas en el proyecto estatal, y pone en discusión los proyectos de incorporación de tierra y habitantes en el modelo republicano. Su obra está asentada en un denso trabajo documental llevado adelante en diversos archivos departamentales y locales, lo cual le ha permitido estudiar la composición territorial del país antes de 1930, y los sucesivos proyectos que se dieron a posteriori en la zona de Arauca, Meta, Boyacá, y la zona de los Llanos.

Las normativas territoriales de los gobiernos liberales que dominaron la vida institucional del país durante veinte años permiten concluir a la autora que transformaron completamente el territorio nacional, en especial los proyectos ferroviarios y la política de instalación de colonos. El área de los Llanos recibe su atención como eje de discusión sobre los conflictos armados y los pactos entre las poblaciones que controlaban las regiones (incluso a través de la resistencia de las guerrillas) y el gobierno nacional, como fue la guerra civil que explotó formalmente en noviembre de 1949 entre la guerrilla de los Llanos y el gobierno liberal, sin que surgiese en la primera un líder que pudiese hacer frente de manera exitosa esa resistencia.

**Gabriela Dalla Corte**